

represión dictatorial como una violación a los derechos humanos. El papel de estos movimientos fue trascendental, sobre todo ya llegados los años noventa, pues para esa fecha se pensaba que el pasado traumático de estos países se había resuelto y que era necesario dejar atrás lo sucedido, pero la insistencia de los organizaciones en pro de los derechos humanos y la intervención de actores internacionales en búsqueda de respuestas presionaron para que el tema no fuera relegado. De esta manera, el interrogante sobre si es posible encontrar una resolución definitiva para que el pasado quede como historia (y no como conflicto presente) recibe como respuesta un “no es posible”.

[281]

Es así como finaliza *Historia reciente*, un libro que aborda en forma amplia y detallada el trabajo de los historiadores con el pasado cercano, las experiencias en este campo, sus controversias y críticas, los alcances y el desarrollo que ha logrado principalmente, tras la experiencia de las dictaduras militares en el Cono Sur. El texto se convierte, de esta manera, en punto de referencia para aquellos que buscan incursionar en este tema.

JOSÉ DIONISIO CALDERÓN RODRÍGUEZ

Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá

jdcalderonr@unal.edu.co

Nelson Manrique.

¡Usted fue Aprista! Bases para una historia crítica del APRA.

Lima: CLACSO / Pontificia Universidad Católica del Perú, 2009. 439 páginas.

El réquiem por el APRA

La segunda administración del presidente Alan García Pérez está por concluir, y en ella se aplicaron políticas económicas acordes con el clima neoliberal que caracteriza, salvo excepciones, al conjunto de la región. En ese sentido, fueron diametralmente opuestas a las implementadas en su primer gobierno, entre 1985 y 1990, como resultado de su convicción de que bastaría un giro de 180 grados para evitar el desastre que preparó el camino a la dictadura de Fujimori. Y si bien el Perú de hoy está lejos de ser el paria planetario y de la hiperinflación, que fue el legado de su primer gobierno, como lo evidencian las notables tasas de crecimiento que hasta hace poco tuvo la economía peruana, es importante subrayar que ese desempeño fue el resultado de fuerzas que escapan del control del gobierno, como la altísima demanda de las *commodities* requeridas por mercados enormes como los de China e India. Ese espectacular crecimiento, frenado por la crisis reciente, no obstante, no se condice con la pobreza y la miseria en la que aún están sumergidos enormes sectores de la población urbana y, sobre todo, rural del país. Más aún, ese tipo de política, justificada por el propio presidente en sendos artículos publicados en *El Comercio* —como signo de los

nuevos tiempos, el opositor más encarnizado del APRA auroral, bajo el título de *El perro del hortelano*—, despertó la abierta oposición de la población nativa del Amazonas, por la amenaza que representaba su implementación para sus condiciones de vida y de reproducción.

Desde su primer gobierno, el entonces joven y enérgico presidente, y el ahora no tan joven y robusto mandatario, despertaron la curiosidad académica de nacionales y extranjeros. A mediados de los ochenta, un extraordinario orador, cuya retórica contribuyó a que su partido llegara, luego de décadas de intentos frustrados, por vez primera al poder, pidió que se limitara el pago de la deuda externa a una fracción del valor del comercio internacional, incluso en su desesperación final argumentó en favor de la estatalización de la banca. A inicios del nuevo siglo, en una resurrección y un retorno político, luego de una larga travesía del desierto, a imagen de su mentor y guía Víctor Raúl Haya de la Torre, alcanzó de nuevo el poder al derrotar en la segunda vuelta electoral a su contendor Ollanta Humala, ayudado por el temor que los votantes tenían del retorno de los fantasmas del pasado. El mal menor, y con los dedos en la nariz, en suma. Luego de imputar sus errores a su juventud, no encontró mejor alternativa que afirmar que el APRA no tenía ninguna responsabilidad en ese desenlace, porque las políticas de su primer gobierno tenían la impronta del general Velasco Alvarado, y que, por lo tanto, eran la fuente de los errores.

¿Qué es entonces el APRA? ¿Quién fue Haya de la Torre? ¿Qué relación se dio entre el “maestro y guía” y su partido?, y la pregunta más incómoda para los tiempos que corren ¿alanismo o aprismo? Pueden estas preguntas ser insólitas cuando se formulan a propósito de uno de los partidos políticos más longevos de América Latina, próximo a cumplir 86 años (desde que fue fundado en 1924), pero se explican porque se trata de una formación política todavía envuelta en un halo de misterio y de franca ignorancia, y en ese sentido, en las antípodas de lo que ocurre con la vida y el pensamiento de José Carlos Mariátegui, el otro gran pensador de su tiempo, cuya vida y obra son escrutadas en sus más mínimos detalles, y que incluso cuenta con un espacio para esas reflexiones y para la promoción de su pensamiento. Y no es que no existan libros, y son numerosos, a la vez, sobre Haya y sobre el APRA, pero son apologías de sus seguidores o de sus “compañeros de ruta”, o, simplemente, diatribas de los renegados. Haber abierto una ruta distinta, anclada en el análisis y en la comprensión, es sin duda el enorme mérito del libro *¡Usted fue Aprista! Bases para una historia crítica del APRA* de Nelson Manrique, profesor del Departamento de Ciencias Sociales de la Católica de Lima, y cuyos trabajos anteriores han contribuido de manera decisiva al conocimiento de la historia rural de la sierra central del Perú en los siglos XIX y XX, a la naturaleza de la participación política de ese campesinado en el contexto de la guerra con Chile, al análisis de la etnicidad y del racismo, y a la arqueología de esa década de las tinieblas que fue la del Perú de los ochenta del siglo XX. Pocos, por consiguiente, con la mente bien amoblada como para

emprender este reto indispensable: la historia crítica del APRA. Salvo tal vez los propios protagonistas, los del APRA, pero los que podían hacerlo, o están muertos, o están inmersos en una atmósfera de ignorancia y de frivolidad poco congruente con el estilo del fundador.

Tomado en su sentido estricto, el subtítulo del libro, *Bases*, indica que se trata de una primera aproximación, y por lo mismo los comentarios que suscitan deben estar claramente acotados. Manrique dedica el libro a su padre, un viejo aprista, y de cuyas ilusiones, se nos informa: “fueron rotas por el gobierno de Alan García”, desencanto que el autor comparte y que se evidencia en los juicios que de manera reiterada formula en múltiples pasajes del libro. Con seguridad, esa frustración la compartieron numerosos “compañeros”, aquellos que protagonizaron las grandes rupturas, desde su derecha o desde su izquierda, como las del APRA Rebelde, con Luis De la Puente; o la de la fracción liderada por Andrés Townsend Ezcurra; o las sordas tensiones como las que se dieron entre Haya y Manuel Seoane. Escribir un relato histórico como catarsis de una frustración es un ejercicio heurístico como cualquier otro, a condición de que las evidencias que se acumulen sean congruentes con la explicación de los problemas que la investigación se formule, y para eso es necesario evitar que los *a priori* ideológicos terminen construyendo la trama de sus argumentos. La afirmación del autor de que “en períodos históricos de cambios acelerados, como los que se vivieron a partir de la década del cincuenta del siglo pasado, la imagen que los hombres tienen de las cosas suelen retrasarse con relación a la velocidad con que cambia la realidad objetiva. Las miradas suelen quedarse fijadas en la vieja realidad, impidiendo ver lo nuevo” (p. 21), es una cómoda coartada que debiera tomarse con beneficio de inventario.

Lo que busca demostrar el autor es la tesis anunciada en el umbral del libro, y que se reitera una y otra vez a lo largo del mismo, es decir que “Para mediados del siglo xx las fuerzas sociales y políticas más importantes de la sociedad peruana demandaban cambios radicales que permitieran al país abrirse a la modernidad. Existía el partido que podía encabezar la revolución antioligárquica, debido a su legitimidad, su envergadura nacional, su arraigo popular y su ideario antioligárquico y antiimperialista: el APRA. Pero el viraje ideológico del partido político de mayor arraigo popular de la historia peruana cerró el paso a la revolución antioligárquica que demandaban vastos sectores sociales” (p. 22). El conjunto del libro está destinado a reunir las evidencias de esos virajes, conformados por versiones de entrevistas entre Haya de la Torre y diplomáticos estadounidenses, escritos de disidentes, como los del Mayor Víctor Villanueva, Laureano Carnero Checa, Héctor Cordero, Luis de la Puente, Alberto Hidalgo, Ricardo Luna Vargas, Roger Mercado, y cuyos textos no podían sino decir aquello que el autor deseaba encontrar. No obstante, ¿es legítimo proclamar que solo el APRA condenó las chances del Perú, una versión opuesta al conocido y abandonado acrónimo del partido? Parece poco probable, porque las multitudes invocadas

[283]

solo estaban en la imaginación de sus gentes, porque la obsesiva centralización del poder ejercida por su líder impedía una coordinación mínima de sus actividades. Además, los regímenes oligárquicos que se suceden entre el asesinato de Sánchez Cerro y la lacónica despedida del segundo gobierno de Manuel Prado cobijaron muchas diferencias entre ellos, lo que implica un análisis más preciso de sus políticas frente al APRA, así como la respuesta de este frente a ellas.

[284]

El APRA corrió solo con esa responsabilidad, además, porque el otro agente potencial de cambio, el partido creado por Mariátegui, a la muerte del Amauta y bajo el control de Eudocio Ravines, fue una inútil burocracia al servicio del Komintern. La impotencia de los partidos y de los civiles para cambiar la situación de inequidad, hizo que fueran los militares, cansados de ser los “perros guardianes de la oligarquía”, en el tosco lenguaje del general Velasco Alvarado, quienes en adelante llevaran en vilo la promesa de la liberación y de la revolución. El argumento de Nelson Manrique, expresado en un macizo libro de 439 páginas, constituye de ese modo el epitafio de una pesada lápida que entierra la tragedia de un jefe y de su partido, difícil de ser levantada por sus actuales protagonistas, para quienes el pasado del APRA, o no les interesa o les fue sistemáticamente camuflado o tergiversado.

Pero para lectores informados que no se dejaron, por lo tanto, embaucar con las piruetas oratorias de sus dirigentes, los argumentos desplegados por el autor tienen un aire de *déjà vu*, en el sentido de que rememoran el arsenal de municiones utilizadas en la crítica del comportamiento errático y oportunista de los dirigentes apristas, sobre todo en aquellas coyunturas donde el APRA se aliaba o era el soporte de quienes masacraron a sus militantes. ¿Aquellos virajes obedecieron a la mutación de la dirigencia, o fueron el resultado de las condiciones cambiantes de la realidad? Manrique advierte, con razón, y desde el inicio de su libro, que solo una mirada del conjunto de la realidad permite la comprensión de estas inflexiones, pero el conjunto que resulta está articulado solo por la secuencia temporal, donde no se vislumbra la coherencia interna de las partes, opacada además por la reiteración frecuente de las afirmaciones del autor, por el apresuramiento de su escritura, y donde además muchos apartados no tienen relación directa con el propósito del libro, que es explicar el porqué de las mutaciones sucesivas del APRA y de su jefe. El análisis que ofrece del entorno es totalmente alusivo, y requiere el establecimiento de nexos más precisos y persuasivos. A lo mejor es pedir demasiado: la convicción íntima del Jefe, puede sugerirse, fue siempre la misma, independientemente de su retórica, y cuando las circunstancias lo ponían al borde de forzar la historia hacia otros rumbos, optó por el compromiso, por el repliegue, por el autoexilio o el exilio interior, por servir a sus adversarios bajo la coartada de preservar la democracia y el partido, y solo regresó al Perú para reivindicar que las reformas de Velasco Alvarado, al final de cuentas no eran sino las suyas... Con certeza, ni el más obtuso antiaprista compartiría esta convicción.

El libro está construido enteramente sobre la literatura inédita del aprismo y se apoya en las investigaciones más importantes realizadas sobre el Perú del periodo oligárquico y del régimen militar de Velasco Alvarado, cuyas conclusiones utiliza Manrique con inteligencia, porque conoce él mismo el proceso de ese tiempo. Con todo, se trata de una producción totalmente secundaria, que no conocen los especialistas, pero es extraño que un autor de la trayectoria y de la experiencia de Nelson Manrique no haya optado por una estrategia de investigación distinta. No se entiende muy bien por qué libros importantes no fueron consultados o no se mencionan en la bibliografía, como los de Frederick B. Pike, *The Politics of Miraculous in Peru. Haya de la Torre and the Spiritualist Tradition*,* que proyecta indicios sugerentes sobre la personalidad del fundador del APRA; el de Steve Stein, *Populism in Peru*;** el de Jesús Chavaría, *José Carlos Mariátegui and the Rise of Modern Peru, 1890-1930****; el de Jorge Nieto Montesinos, *Haya de la Torre o la política como obra civilizatoria*****. Su omisión no es solo injustificada, sino que lo privó de contar con hallazgos importantes en función de su argumentación. Lo es aún más que el análisis prescindiera de toda entrevista con los actores más significativos del aprismo, y si bien es comprensible que Alan García declinara aceptarla, como consecuencia de las ácidas y pertinentes críticas que Manrique formula a las políticas de su gobierno, García ciertamente no es el único líder prominente del APRA. Finalmente, dos acotaciones últimas. Manrique sabe muy bien que el análisis de un partido o de una formación política no puede limitarse a la historia de sus dirigentes y de sus programas y manifiestos, por importantes que estos sean, sino que se requiere una investigación cuidadosa y exhaustiva de sus bases, de sus militantes, y en ese sentido, parafraseando a Julio Cotler, lo que aun se requiere, más que una historia del Jefe, es una auténtica antropología política del aprismo, como la iniciada hace algún tiempo por Imelda Vega-Centeno, porque solo así se puede llegar a una comprensión más profunda del APRA y sus avatares. En ese contexto, sería deseable igualmente un estudio sobre la construcción de la identidad aprista, proceso en el cual los espíritus y los mártires, pero también los Chicos Apristas Peruanos (CHAP) y los Jóvenes Apristas del Perú (JAP) cumplieron papeles decisivos. No es menos importante el análisis del “alanismo” y su encuadramiento a la vez dentro del partido y de sus bases de sustentación, como también el estudio profundo de las otras coordenadas que explican el desempeño del APRA: los militares y la

* Frederick B. Pike, *The Politics of Miraculous in Peru. Haya de la Torre and the Spiritualist Tradition* (Lincoln: University of Nebraska Press, 1986).

** Steve Stein, *Populism in Peru* (Madison: The University of Wisconsin Press, 1980).

*** Jesús Chavaría, *José Carlos Mariátegui and the Rise of Modern Peru, 1890-1930* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1979).

**** Jorge Nieto Montesinos, *Haya de la Torre o la política como obra civilizatoria* (México: FCE, 2000).

iglesia. No es una simple coincidencia que el nacimiento del APRA tenga como instituciones símbolo a Chan-Chan y el Corazón de Jesús. La distancia que existe entre esos hechos y el beso de García al anillo del cardenal Cipriani, y el apoyo aprista a levantamientos que allanaran su camino al gobierno, requiere también de un tratamiento que no se limite a la crónica de las intenciones, o a la mención de la disculpa pública ofrecida por Ramiro Prialé el 23 de mayo de 1958 por la impertinencia juvenil de Haya, en agravio de la religiosidad peruana (p. 217).

[286]

De un tiempo a esta parte, suelo comentar y discutir aquellos libros que representan aportes significativos, en este caso, a la cultura del país. Más allá de las reticencias que inspira el *¡Usted fue Aprista!* de Nelson Manrique, su lectura proporciona genuinas “bases” para seguir expandiendo el conocimiento sobre una coordenada fundamental de la política peruana, a la vez que se inscribe, como no podía ser de otra manera, en la mejor tradición de la investigación social que los años recientes parecían haber echado a las cavernas del olvido.

HERACLIO BONILLA MAYTA

Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá

hbonillam@unal.edu.co

Helwar Hernando Figueroa Salamanca.

Tradicionalismo, hispanismo y corporativismo. Una aproximación a las relaciones non sanctas entre religión y política en Colombia (1930-1952).

Bogotá: Universidad de San Buenaventura, 2009. 252 páginas.

En décadas anteriores, cuando los uniformes militares copaban la mayoría de las casas de gobierno de los países de América del Sur, era usual oír en los discursos oficiales y leer en la prensa que Colombia tenía la democracia más sólida y antigua del continente. Pero a la vez, en círculos académicos y en ciertos sectores sociales se calificaba y se califica hoy a la democracia colombiana como precaria, una democracia donde solo se cumplen ciertas formalidades, y donde los procesos de desintitucionalización avanzan sin que inquiete mayormente a los ciudadanos. Muchos toman estas apreciaciones como un lamento de los descontentos de siempre, de los que tienen por oficio criticar, así que es poco el caso que se les hace. Por eso no es de extrañar que a la generalidad de los colombianos en la actualidad les parezca de poca monta el debilitamiento de las Cortes y la crisis del Legislativo, a la par con el fortalecimiento del Ejecutivo y los esguinces que a diario se hacen al Estado de Derecho. No les dice nada, o muy poco, que lo construido en la Constitución del 91 para generar un equilibrio de poderes se esté desdibujando con las reformas de algunos artículos.

Pues bien, esta situación nos lleva a pensar en cuáles son “las representaciones, los imaginarios, los valores, las costumbres, actitudes y comportamientos”